**SAMSKOLA**

**RAINER MARIA RILKE**

**Tomado del libro “Vladimiro, pintor de nubes y otros cuentos”. Escrito en 1904.**

Les contaré lo que aconteció recientemente en Gotenburgo. Es bastante extraño. Ocurrió que, en esa ciudad, varios niños fueron antes sus padres y les anunciaron su deseo de quedarse en la escuela por la tarde, aún cuando no hubiere enseñanza. ¿Siempre? Si, todas las veces que fuera posible. ¿En qué escuela?

***Les hablaré de esa escuela. Es una escuela inusual, absolutamente antimperativa, una escuela dúctil, una escuela que no se considera algo acabado, sino en desarrollo; por lo tanto, donde los propios niños deben trabajar con una tendencia trasformadora y determinante, los niños en íntima y cordial relación con algunos adultos atentos, prudentes, en actitud de aprender ellos también: personas, maestros, si se quiere.***

En esa escuela, los niños son el objeto primordial. Es fácil comprender que con este esquema caduquen otras instituciones diversas, habituales en otras escuelas. Por ejemplo: esas minuciosas visitas y juicio los que se ha dado en llamar exámenes y las correspondientes calificaciones. Tales exámenes fueron en todo sentido una invención de los grandes. Y tan pronto se pisa la escuela se advierte la diferencia. Se penetra en un establecimiento que no vuele a polvo, a tinta ni a miedo, sino a sol, madera clara e infancia. Dirían que semejante escuela no se puede mantener. No, por supuesto. Pero la mantienen los niños. Lleva ya cuatro años de existencia y el presente semestre y ha contado con doscientos quince alumnos de ambos sexos y de todas las edades, pues es una escuela auténtica que comienza por el principio y llega hasta el final.

Lógicamente, este final no está aún del todo en sus manos. Cuando salen de ella los adolescentes de dieciocho años de edad, se enfrentan con el fantasmagórico examen de bachillerato, que se alza ante ellos con un espectro, y retroceden del futuro donde habían estado a una época atrasada, la época de sus contemporáneos. Por así decir, ellos han sido educados en el porvenir. ¿Lo negarán por completo? ¿Se tendrá en cuenta esta circunstancia en su vida futura?

Aquellos que dejan la escuela ahora y en los próximos años esta circunstancia no les afectará plenamente, pues ---dado que la escuela cuenta sólo cuatro años de existencia--- no todos serán sus alumnos desde el comienzo. Hay quienes habrán pasado a ella de otro establecimiento, cargados de experiencias y convencionalismos escolares, e infectados por los bacilos de viejas pestes escolares heredadas.

Si el joven cuerpo de esta nueva escuela no fuese tan sano en todos sus aspectos, fácilmente hubieran podido constituir un peligro para ella. En cambio, pasan por su organismo sin causar daños. En el seno de esta amplia y abierta confianza, en medio de esa inmensa humanidad que trasciende más allá de los muros de una hora de clase, sus malos hábitos y secretos escolares adquieren un aspecto de triste e inofensiva ridiculez, se vuelven tan superfluos como los ademanes ceñidos y un preso liberado, empeñado en continuar el lenguaje de signos y golpes de la cárcel.

Pero aún cuando estos individuos a los que se han hecho huraños no sean capaces de despegarse por completo, libres de recelo, al sol de la nueva escuela, es posible observar cómo se recuperan, como se yergue y, a pesar de la precocidad de su triste experiencia, desarrollan instintos puros, iluminados de candor infantil, y empiezan a florecer aquí y allá. Sin embargo, hay que ser cautelosos, pues la libertad constituye un peligro para ellos.

He mencionado la palabra libertad. Tengo la impresión de que nosotros, los adultos, vivimos en un mundo donde hay poca libertad. La libertad es una ley ágil, ascendente, que se transforma y crece con el alma humana.

Nuestras leyes ya no son las nuestras, se han quedado rezagadas mientras la vida siguió avanzando. Las hemos retenido por avaricia, por codicia, por egoísmo, sobre todo por miedo. No quisimos exponerlas a los embates de la tempestad y del naufragio. Debían permanecer a buen recaudo y por eso las dejamos así sobre la playa, a salvo de todo peligro, se fortalecieron y ese es nuestro infortunio: tenemos leyes de piedra, leyes que no han estado siempre con nosotros, leyes extrañas, ajenas. En ellas no se propaga ninguno de los miles de movimientos nuevos de nuestra sangre. Nuestra vida no existe para ellas y el calor de todos los corazones no basta para hacer brotar un vestigio de verdor sobre sus superficies frías. Clamamos por la nueva ley, por la ley que permanezca con vosotros día y noche y a la que hayamos conocido y frecuentado como una mujer. Sin embargo, no viene nadie capaz de darnos semejante ley.

¿Pero nadie piensa que la nueva ley, esa que no fuimos capaces de crear, puede comenzar todos los días con aquellos que vuelven a hacer un principio? ¿No son ellos acaso el todo, la Creación y el Universo, no van creciendo en ellos todas las fuerzas, si les brindamos espacio? Si no les ponemos a los niños en su camino todas las cosas hechas que rigen para nuestra vida, imponiéndoselas como el derecho del más fuerte, si ellos no encuentran nada, si debe hacerlo todo, ¿no lo harán acaso? Si nos cuidamos de hacer más profunda en ellos la vieja brecha abierta entre el deber y la alegría (la escuela y la vida), la ley y la libertad, ¿no es posible que el universo crezca en ellos nimbado de luz, salvándose de infancia en infancia? Por supuesto, no en una generación, ni en la próxima, ni en la siguiente.

No sé si el origen de la escuela se basó en estas reflexiones. Se ha concebido un mundo de ideas, pero por fin está aquí. Su simple alegría se desarrolla frente a un fondo de la más oscura gravedad. No está encerrada dentro de un programa, está abierta por todos lados. Y no se habla en absoluto de "educador". No se trata de eso, pues ¿quién puede educar? ¿Quien entre nosotros podría arrogarse el derecho de educar?

Lo que esta escuela intenta es esto: no perturbar. Sin embargo, como lo intenta con actividad, afecto y abnegación, como elimina inhibiciones, estimula las preguntas, escucha, observa, aprende y ama prudentemente, hace todo lo que los adultos podrían hacer por aquellos que deben sucederlos.

El establecimiento: el edificio es de madera, integrado por cinco cuerpos de un exhospital. Ya no se piensa allí en enfermos. Sólo ha quedado dentro algo así como una alegría de los muchos que sanaron.

Las habitaciones son como las de una casa de campo: de medianas dimensiones, paredes claras, de un solo color y amplias ventanas con muchas flores en el antepecho. Las mesas bajas amarillas, claras como la resina, se pueden alinear como bancos de escuela cuando es necesario pero la mayoría de las veces están dispuestas todas juntas en un centro formando una única mesa grande, al igual que en una sala de estar. A su alrededor se disponen los pequeños y cómodos sillones. Por supuesto, allí se encuentra también todos los utensilios propios de una auténtica aula: la mesa del maestro (colocada en el piso y no sobre un estrado), un pizarrón y los demás objetos. Pero estos objetos no son representativos, se subordinan.

En la pared opuesta a la ventana prende un mapa de Suecia, azul, verde y rojo: una alegre y colorido país infantil. Además hay reproducciones de buenas pinturas enmarcadas en sencillos marcos de madera lisa. El príncipe Baltasar Carlos a caballo. A su lado gozando del mismo reconocimiento, pende la casa roja pintada por el pequeño Bengt, o Nils, o Ebbe con carita muy seria.

Los corredores bien iluminados llevan a los salones preparados para muchas actividades. Aquí hay un amplio y aireado recinto para las labores manuales de los mas pequeños; en otro se confeccionan cepillos y se encuadernan libros, también hay un taller para trabajos de carpintería y mecánica, una imprenta y un tranquilo y alegre salón de música.

***Dentro de ese edificio se tiene esta sensación: “Aquí se puede llegar a ser alguien”. Esta escuela no es algo provisorio; allí ya esta la realidad. Allí ya comienza la vida. La vida se ha hecho pequeña para adaptarse a los niños, pero está presente con todas sus posibilidades y muchos peligros.*** En los talleres donde trabajan los niños de doce años de edad hay filosos cuchillos, leznas, y otras herramientas de ordinario ocultas y puestas fuera del alcance de los niños. Aquí se las ponen en sus manos con cuidado, seria y correctamente y los alumnos no piensan siquiera en “jugar” con ellas. Trabajan en forma intensa y casi todas las obras de sus manos son buenas, precisas y útiles. Adquieren la profunda importancia del oficio.

Un muchacho que había inventado un motor y lo había construido en modelo, fue llamado al salón de mecánica para que lo explicara. Acudió en seguida aun cuando de mala gana, pues estaba ocupado en otra tarea y le disgustó la interrupción. La expresión de su rostro aun estaba saturada por el trabajo abandonado. No obstante se tranquilizó y de una manera objetiva y breve dio las explicaciones solicitadas. El tono de sus palabras, los ademanes diestros que las acompañaron, más aun, la franqueza y seguridad de su amabilidad pusieron de manifiesto al trabajador que vive en su obra.

Al igual que ese muchacho, también fue dado encontrar franqueza y seguridad en los demás niños. Todos estaban activos y alegres y por lo tanto próximos a cualquier individuo ocupado, adulto o niño. En el trabajo serio y placentero hay una comunión que favorece la relación. Allí se habían eliminado todos los motivos de timidez.

El placer, la afición con los cuales se hace todo en la escuela, pone su sello en todas las cosas. ¡Que hermosos son los libros impresos y encuadernados por los niños! ¡Que expresión emotiva tienen sus pequeños ensayos de modelado! Sus dibujos de flores del natural son tan exactos, amorosos conscientes que ---allí donde existen ciertas condiciones ---pueden convertirse en arte en cualquier momento.

¡Hace tanto bien sentir que nada se atrofiará en estos niños! Cada una de las disposiciones, a un la mas leve debe hacerse florecer. ***Ningún de estos niños debe sentirse constantemente postergado. ¡Tantas son las posibilidades! Para todos debe llegar el día en el cual se descubrirá su talento, una cualidad cualquiera, una destreza, una afición hacia alguna cosa, que le otorgue su lugar, su derecho, en este mundo pequeño. Y lo que es mas importante: en el fondo, este pequeño mundo no es sino el mundo grande. Lo que se es en él, se puede serlo en todas partes.***

Esta escuela no es una antítesis del hogar. Es lo mismo. Solo ha ido al encuentro de cada uno “como en casa”, ha sido edificada al lado de todas las casas y quiere estar en unión con ellas. No es lo otro. Los padres entran en ella y salen tal como lo hacen sus hijos. Les asiste plena libertad de presenciar una y otra vez una clase, conocen los recintos del edificio escolar y se encuentra a gusto en su interior. Y en relación con la vida, esta escuela tampoco quiere ser lo otro.

Por esta razón, no necesita maestros que hayan abrazado esta profesión, que enseñen en ella; deben haber sido capturados e impresionados por la profesión. No basta que dominen un objeto, ese objeto debe encontrarse en cierta medida bajo cielo abierto. No debe estar aislado, seccionado, desconectado de todo nexo.

Debe transformarse y si algo se mueve en el mundo, debe temblar y sonar debe poderse notar en el. Con el pretexto de las diversas asignaturas siempre debe sacarse a colación la vida.

¡Que bello fue cuando en cierta ocasión se presento un minero, un simple minero, para hablar con lenguaje sencillo y pesado de sus días en las tinieblas subterráneas! Y así como el sillón del maestro estuvo a disposición del minero, lo está para todo aquel que haya experimentado algo: para el viejo que desee hablar de comarcas extrañas, para el hombre que construye maquinas y sobre todo para el más sencillo de los conocedores, el artesano de manos inteligentes y cuidadosas.

Piensen si alguna vez se presentara un carpintero o un relojero o un constructor de órganos. Y pueden hacerlo en cualquier momento, pues la red del horario solo se extiende sobre los días de una manera leve, sin pesar. A menudo es diferida. Las semanas no transcurre con la monótona prisa de un rosario entre los dedos. Cada día comienza como algo nuevo y trae cosas inesperadas, y absolutamente sorprendentes. Y hay tiempo para todo. El recreo de la merienda es tan largo que dar tiempo a despejar la mesa y cubrirla con un mantel de hule de colores claros. Se colocan flores en el centro y se distribuyen platillos para los emparedados, copas y vasos de leche. Todos se sientan en derredor, comen y sueñan, ríen y cuentan cosas. Todo parece una fiesta de cumpleaños.

En esa escuela hay tiempo y espacio. Hay espacio en torno a cada una de esas pequeñas criaturas rubias. Cada una de ellas es como una casa con un jardín, no tiene cercos que la separen de sus vecinos. Tiene algo a su alrededor, algo luminoso, libre, floreciente. No es menester que ofrezca el mismo aspecto de su vecino; por el contrario, debe ser tan radicalmente distinto, tan francamente diferente, tan genuino como sea posible.

Resultaba consecuente y alentador no imponer a esos niños ninguna enseñanza religiosa. Una influencia autoritaria en ese aspecto tan sensible de la vida interior hubiera anulado todo lo justo y humano que se ha intentado allí. Se resolvió tratar los temas bíblicos como historia, de acuerdo con las fuentes más puras y desinteresadas, y se quiere llegar poco a poco a dar religión no una o dos veces por semana, no hoy de nueve a diez sino siempre, diariamente, como con toda asignatura, a toda hora.

Las personas que más aman esta escuela tomaron esta decisión después de muchos días y muchas noches, con plena conciencia de su responsabilidad. Es menester tenerles confianza a alumnos y padres, pues este significado se me antoja que resuena quedada mente en el nombre Samskola: escuela común, escuela para varones y niñas, pero también escuela para niños, padres y maestros. Nadie está por encima de los demás.

Todos son iguales y todos principiantes. Y lo que debe aprenderse en común es el futuro. Sólo mediante una cosa puede infiltrarse el pasado. Con la superstición de las grandes catedrales. Debajo de sus piedras basales han desaparecido vidas humanas y en la argamasa de estas obras también se ha mezclado sangre de su corazón.